

ESCENA X.

LA CONDESA, HISSEM.

Hiss. Antes que te arriesgues á esa prueba, Solo un momento escúchame, Sultana. Quiérete el moro ó muerta, ó soberana: Armas, oro, un ejército te ofrece: Qué mas claro el destino te parece Cuando en tus manos pone esta mañana, Y á tu antojo abandona Un lecho funeral ó una corona? Por cuanto caro en tu existencia tengas, Que á esa prueba infernal nunca te avengas.

Condesa (con espanto). Conque es verdad, Hissem? Puede su ciencia Cumplir lo que promete?

Hiss. Veces ciento Patentizó á mis ojos la experiencia Que responde á su voz el firmamento. Mil veces en furtiva conferencia Al soldado, al mendigo, al opulento Les marcó de su muerte la hora oculta, Y la hora fué de su fatal consulta.

Condesa. Cielos!

Hiss. Ves esos muebles que su estancia Cercan en derredor? A su voz todos Alma recibirán de varios modos, Aterrando la tuya.—Sí, Sultana, Todo es misterio aquí; y esas redomas Que hacen creer á nuestra vista humana Que contienen espíritus y gomas, El elixir encierran de las vidas Cuyas horas de aliento están medidas.

Condesa. Es tanto su poder?

Hiss. Oh, no te asombre, Todo lo puede con la ciencia el hombre; Y hombre soy yo también, y tiemblo ahora Ante esa ceremonia aterradora.

Condesa. No lo acierto á creer.

Hiss. Le ví mil veces Los muertos evocar de sus conjuros Al secreto poder, y de sus preces Con las palabras mágicas; seguros Sus pronósticos son, y ese que miras Respecto al porvenir que á tí te espera, Es la espresion de las celestes iras.

Condesa. Y preciso ha de ser que mate ó muera?

Hiss. Sí, lo mismo que yo.

Condesa. Cielos! qué dices?

Hiss. Salga al fin de una vez del pecho mio Este fatal secreto; el hado impío Ató nuestros destinos infelices.

Condesa. No te entiendo.

Hiss. Oye: á mi importuno ruego El mio consultó con las estrellas El sabio israelita.

Condesa (con afán). Y supo de ellas...?

Hiss. Cuanto anuncióme, realizóse luego. Escucha, pues, nuestro enlazado sino: Tú dependes del conde; á un soplo suyo Cambiará para siempre tu destino; Mas yo pendo de tí, mio es el tuyo,

Y si no hago que Sancho á tí sucumba, Nuestro destino es él, él nuestra tumba. O él, ó nosotros dos.

Condesa. Es imposible!

Hiss. O él, ó nosotros dos; no hay esperanza.

Condesa. Tú no lo crees, Hissem: eso es horrible!

Hiss. Aun yace el fiel de la fatal balanza En la mitad del peso equilibrado; Mas solo un dia, una mañana queda Para que pierda el equilibrio y ceda; Resuélvete.

Condesa. Jamas.

Hiss. Lo has meditado?

Condesa. Sí, y no osarán mis manos á su vida, A no verlo yo misma decretado Claramente en el cielo.

Hiss. Fementida! Así mi amor, mi ayuda, una corona Renuncias, pese á mí, cobardemente, Y el lazo que á tu vida me eslabona Rompes tan sin pesar villanamente? Tu destino desprecias temeraria! No crees en él? Yo sí, y para evitarle Separaré de tí mi suerte varia.

Condesa. Moro!

Hiss. Está bien; atiende desde ahora Solo á sí mismo cada cual, traidora.

Condesa. De esa manera, Hissem...

Hiss. (interrumpiéndola.) De esa manera De mi propia cerviz sabré apartarle. Conoces este pliego? [Muéstrale.]

Condesa. Ah! qué imaginas!

Hiss. Todo por todo.

Condesa. Corazon de fiera! Qué es lo que vas á hacer?

Hiss. No lo adivinas?

Condesa. Ese pliego...!

Hiss. Es tu carta; en ella le haces Un encargo á este Hissem que te habla ahora. Lee, lee: *Mi esposo sale con sus haces, Hazle que caiga en emboscada mora.*

Condesa. Cielos!

Hiss. Cayó: su cuerpo fué comprado A fuerza de dinero, y fué Hissem mismo Quien lo trajo á lanzadas traspasado. Tu mano y tu corona has empeñado Por tal servicio: cumple, ó un abismo Te abro, esta carta al conde remitiendo, Tus esperanzas para siempre hundiendo.

Condesa. Bárbaro Hissem! y lo pondrás por obra!

Hiss. Sí, juro á Alá! pues matas mi esperanza, En tu reino, y tu amor, todo me sobra; Mas te daré venganza por venganza. Ay, tuve orgullo en tí mientras me amabas! Mas hoy, traidora, que mi orgullo ofendes, No rindiendo á mi amor cuanto esperabas Cual yo, te venderé cual tú me vendes.

Condesa. Yo? yo venderte, Hissem? Sella esa boca Yo venderte, que te amo mas que al mundo? Calla, ó por Dios que volverásme loca.

Hiss. Bien ese amor demuestras tan profundo Sultana, contra mí cuando atropellas Hasta la misma ley de las estrellas.

Que me amas dices?—Mientes.

Condesa. Pues bien, moro, Habla: qué ecsiges de mi amor? responde.

Hiss. Abre un sepulcro.

Condesa. Bien, moriré el conde. Mas ese pliego horrible...

Hiss. Con tus manos Mil pedazos le harás, y este secreto Jamas penetrarán ojos humanos.

Condesa. Cúmplase, sí, el recóndito decreto De mi suerte fatal; mas pronto sea, Antes que calme mi pasion precita, Y este vértigo horrendo que me agita, Contra mí misma convertido vea.

Hiss. Hoy mismo.

Condesa. Sí.

Hiss. En la mesa.

Condesa. Sí.

Hiss. (llamando). Judío!

ESCENA XI.

LA CONDESA, HISSEM, SIMUEL.

Hiss. Pronto: posees un elixir que acabe Una vida en un punto?

Sim. Sí.

Hiss. Que oculte Su presencia en el cuerpo?

Sim. Sí, que lave La mano que le ofrezca, y que sepulte En sombra eterna el atentado grave.

Hiss. Tráelo, pues.

Sim. Para quién?

Hiss. No es su destino O matar ó morir?

Sim. Sí.

Hiss. Pues le acepta.

Sim. Y el conjuro sin ver?

Hiss. Ese es su sino, Y de ello siente conviccion perfecta.

Sim. Venid y os le daré.

Condesa. Y á mi palacio Partamos en seguida, Y aprovechemos el primer espacio; Que es fuerza que hoy se arriesgue y se decida Poder contra poder, vida por vida.

Hiss. Y amor, y trono, y libertad, Sultana, Esta tarde tendrás.

Condesa (volviéndose desde la puerta). Moro, des-cuida:

Muerta tengo de ser, ó soberana.

Hiss. y Sim. Vamos.

(Vánse por la salida del fondo.)

ESCENA XII.

EL TEATRO QUEDA UN MOMENTO SOLO. EL CONDE APARECE ABRIENDO UNA TRAMPA GIRATORIA. PRACTICADA EN UN PILAR, Y SANCHO MONTERO TRAS EL, CALMANDOLE.

Sanc. Señor, calmaos.

Conde. No, Montero, Déjame respirar; deja que eeshale

Su enojo y su pesar un caballero, Que ultrajar mira así lo que mas vale, Mi honor, Sancho; y por quién? por quien mas quiero;

Por mi madre.....

Sanc. Señor.....

Conde. Aparta, Sancho, Y espacio deja á mis lamentos ancho. Deja que sufra en paz, y que me queje A solas de mi mal, ya que es preciso Que aquí en mi corazon le esconda y deje, Porque el juicio de Dios así lo quiso. Porque es su ley que mi justicia ceje Ante mayor razon, y un paraiso Lleve en el rostro, mientras roe interno Mi pobre corazon todo un infierno. Dí, Sancho: y tú lo crees? y esa es mi madre? Por un bárbaro infiel ciega y prendada! Ella dando por él muerte á mi padre!

(Con agitacion.)

A mi vida por él osando airada! Y qué halla en él que á su nobleza cuadre? Qué ama en él su pasion desventurada? Pliegues del corazon, que solo sabe Dios, que del corazon guarda la llave!

Sanc. Serenaos, señor.

Conde (calmándose de repente). Ya estoy sereno.

Sanc. Y no olvideis que su traidora ciencia A vuestros dias aplazó un veneno.

Conde. No será la que corte mi existencia; No temas por la mia, oh Sancho bueno! Yo haré caer sobre ellos su sentencia, Y tal será mi fallo furibundo, Que asombro cause al venidero mundo.

ESCENA XIII.

DIEGOS, ELIAS.

Elías. Señor... (Echándose á los piés del conde.)

Conde. Quién es ese hombre?

Elías. Un miserable, Señor, que á vuestras plantas humillado, Viene á pedir su vida detestable.

Conde. Sancho, quién es?

Sanc. Señor, el renegado.

Conde. Cómplice de las tramas infernales De esos traidores es?

Sanc. Sin duda alguna, Y su siervo mas fiel.

Conde. Por cuanto vales Responde, y dí á tu lengua que reuna Cuanta sinceridad en ella quepa, Para decir al punto cuanto sepa.

Elías. Señor!

Conde. Lo cierto te valdrá la vida; Dime: cuál es ese conjuro horrendo Que aprestaba su ciencia maldecida, Y que á mi pobre madre fascinando La arrastraba al delito mas infando?

Elías. Señor, un filtro de poder tremendo, Que al espíritu crédulo estremece; Un licor que el cerebro enardeciendo,

Le fascina, le turba, le enloquece;
Y el ánimo á esta farsa disponiendo,
Le hace en falso juzgar de cuanto ofrece
El pretendido sabio á sus sentidos,
En visiones y encantos prevenidos.

Conde. Infames!

Elias. Y la fiebre que produce
Es un vértigo horrible, es un ensueño
Que á cuanto el sabio necesita induce,
Le hace del alma del paciente dueño,
Y á cuanto la vision falsa le incita,
El crédulo mortal se precipita.

Conde. Basta! basta, por Cristo! impía ciencia,
Digna no mas de moros y judíos;
Artes por mi fatal condescendencia
Hoy practicadas en los reinos míos;
Mas hoy concluirán. Sancho, á ese hombre,
Que ha asistido á tan torpes sortilegios,
Dale muerte.

Sanc. Señor, aunque os asombre,
Le concedí la vida en vuestro nombre.

Conde. Válgame, Sancho, pues, los privilegios
De mi palabra real, pero su lengua
Renegó de su Dios, y fuera mengua
Sin castigo dejar sus sacrilegios.
Sancho, en un calabozo eternamente
Yazga; y privado de la lengua y manos
Que no pueda jamas, aunque lo intente,
Revelar lo que sabe á los humanos.
Silencio! esto ha de ser: un solo acento
En la garganta os cortará el aliento.

(Sancho le lleva y vuelve.)

ESCENA XIV.

EL CONDE.

Todos á precio tal su vida estimen
Los que delito tan odioso entiendan.
Sí, mueran antes que á mi madre vendan;
Caiga la eternidad sobre su crimen.
Señor, que el corazón de los mortales
Desde tu regia escelsitud penetras,
Y á través de apariencias terrenales
Léas su verdad en invisibles letras;
Tú, que con tus miradas paternales
Mi gran resolución en mí perpetras,
Tú, que conoces de mi afán lo estenso,
Benigno acepta el sacrificio inmenso.

ESCENA XV.

EL CONDE, SANCHO.

Conde. Eres tú?

Sanc. Sí señor.

Conde. Está seguro?

Sanc. Sí.

Conde. Con nadie hablará?

Sanc. Con alma humana:
Guárdale solo el callejon del muro,
Y allí estará al parti.

Conde. De buena gana
Le perdonara, Sancho, mas no puedo,

Que aun de mi misma lengua tengo miedo.

Sanc. Pero llorais, señor?

Conde. Fuego derramo,

Sangre que quema mis hinchados ojos.

Sanc. Ah! moderad, señor, tantos enojos.

Conde. Sancho, voy á inmolar lo que mas amo;

No tengo de llorar? Sí, Sancho, lloro

Porque voy á perder en un momento

La madre criminal en quien adoro,

Y el honor, que aprecié mas que el aliento.

Lo oistes? hijo vil que la esclaviza,

Apellidarme osó delante de ella

Esa canalla ruin que me la hechiza

Con las necias patrañas de su estrella.

Y calló... ah! todos hoy serán ceniza.

Sanc. Todos! (Con asombro.)

Conde. Sí.

Sanc. También ella? (Mas.)

Conde. Sancho, tente;

No temas nunca que á mi madre atente.

Siempre de entre los dos será primero;

De mi madre ó mi honor, mi honor sucumba;

Al suyo ceda el universo entero,

Y ábrase al hijo envilecida tumba.

Sobre mí su baldon que caiga quiero,

Y pues mi honor por ella se derrumba,

Que á mí tan solo su baldon me siga,

Y el universo entero me maldiga.

Sanc. ¿Qué es lo que hablais, señor, que no os

entiendo?

Conde. No lo entiendas jamás, si vivir quieres.

Este secreto formidable, horrendo,

Si lo aciertas tal vez, cállalo ó mueres.

Sanc. Ah!... el sacrificio colosal comprendo,

Y me espanta, señor.

Conde. Si leal eres,

Sea tu corazón su eterno abismo.

Sanc. Callando imitaré vuestro heroísmo.

Conde. No sabes, ay de mí! cuánto me cuesta

Tamaño abnegacion; que al fin, Montero,

Para mí nada mas será funesta.

Mas á mi fama mi deber prefiero;

Su hijo nació; mi obligacion es esta,

Y obraré como debe un caballero.

Sabré, aunque el mundo me acrimine un dia,

Que obró mi corazón como debía.

Sanc. Culpe, señor, vuestra fatal estrella.

Conde. No; la virtud á medias no practico,

Sancho, no quede de mi hazaña huella;

Ignore el mundo lo que no le esplico.

Entre mi madre y yo, primero es ella:

Venza, pues; cuanto soy la sacrificio.

Quede por siempre limpia su memoria,

Y eche en mí solo su borron la historia.

Mas el juicio...

[Al entrar Simuel, el Conde se emboza y Sancho se

aparta.—El judío se asombra de hallarlos allí.]

ESCENA XVI.

EL CONDE, SIMUEL BENJAMIN, SANCHO.

Sim. (al ver al Conde.) Dios!

Conde (yéndose á él.) Qué hay que te asombre?

Todo lo oí, y del Conde la mancilla

Tú mismo has de lavar.

Sim. Fantasma ú hombre,

Quién te trajo hasta aquí? cuál es tu nombre?

Conde. Dobra para escucharle la rodilla.

Sim. Yo! y á quién?

Conde (descubriéndose.) A Don Sancho de Castilla.

[Queda Don Sancho desembozándose en una actitud que revele toda la dignidad de su carácter, y cae á sus piés el judío.—Cae el telon.]

ACTO TERCERO.

Decoracion cerrada, que representa un comedor ochavado, y del cual se manifiestan al espectador cinco lados. En el primero de la derecha una puerta que da á las habitaciones de la Condesa. En el primero de la izquierda, otra que conduce al exterior del edificio. En el segundo lado de la derecha, otra que da á un camarín. En el opuesto, otra idem. En el fondo otra, con vidrieras de colores, que da al interior del edificio, cruzando una pequeña estancia que contiene el aparador y vajilla del Conde.—Mesa y dos sillones.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, SIMUEL, ENTRANDO POR LA PUERTA DEL FONDO.

Conde. Y á mi palacio así, por vida mia!

En el silencio de la noche oscura

Este oculto camino te traia!

Sim. Señor!

Conde (con desprecio.) Y estás temblando de pavora

Con solo preguntártelo, cobarde!

Y eres tú quien penetra los destinos

De mi familia? de ello harás alarde

Tan solo entre mujeres y asesinos!

Vive Dios! si quién eres no mirara,

Y no viera quién soy, torpe gusano,

En polvo entre mis manos te tornara:

Mas te honrara matándote mi mano.

Eh! no temas, imbécil, de la mia,

Que victoria tan ruin me humillaria.

En fin, si has de salvarte, solamente

Hay un medio y lo sabes; sé prudente,

Y dime al cabo y por la vez postrera,

Si riesgo alguno el individuo corre.

Sim. Probadlo en mí, señor, si eso os altera,

Y mi existencia vuestra duda borre.

Conde. De traidores cual tú todo lo temo:

Fueras capaz, por conseguir venganza,

De llevar la traicion hasta ese estremo.

Sim. Señor, tan singular desconfianza

Es indigna de vos. Arrepentido,

Solo ese medio espero de obligaros,

Si no al perdon, al menos al olvido.

Y ni aun con mi existencia osais fiaros!

Conde. Al miedo creo de que estás transido

Mas que á todos tus lógicos reparos;

Pero solo, Simuel, solo á este precio

Cederá mi venganza á mi desprecio.

Piénsalo bien, y solo de este modo

Todo lo aparto y te lo olvido todo.

Sim. Y á vuestros piés, señor...

Conde. Alza, rabino,

Y ojalá que hoy mi liberal clemencia,

De conocer te ponga en el camino

Del solo Dios la verdadera ciencia.

Sim. Ah! mientras viva rogaré al destino...

Conde. Ten esa lengua vil: en mi asistencia

No invoques mas poder ni mas ayuda

Que la del Dios en quien tu ciencia duda.

Sígueme.

(Abre el camarín de la izquierda, y le dice mostrándosele.)

En esta estancia, retirado

Y en silencio estarás: aquí tu suerte

Esperarás, y el término fijado:

Y el écsito será de tu bebida,

El fallo de tu muerte ó de tu vida:

Entra, y míralo bien.

(Le cierra y guarda la llave.)

ESCENA II.

EL CONDE.

Tiemblo y me espanto

Cuanto medito mas la horrible idea.

Que mi madre, ay de mí! me obligue á tanto!

Que ella la criminal, mi madre sea

Causa de mi baldon y de mi llanto!

Ella echar sobre mí mancha tan fea,

Sin que pueda decirse en pro del bueno:

"Lleva la mancha del delito ajeno!"

Arráncame, buen Dios, del pensamiento

Esa idea cruel, desgarradora:

Sopla en mi corazón virtud y aliento,

Que resista su fuerza tentadora:

Pon en mis manos y en mi lengua tiento,

Para obrar y decir desde esta hora

Lo que cumpla no mas al sacrificio

Que comprende no mas tu escelso juicio.

(Llaman á la puerta que da al exterior.)

Quién va? (El Conde abre, y sale Sancho.)

ESCENA III.

EL CONDE, SANCHO MONTERO.

Conde. Sancho, qué has hecho?

Sanc. Puntualmente

Vuestro encargo, señor, dejo cumplido.

Conde. Le traes?

Sanc. Se resistió bizarramente

Que le apresara, y preso os le he traído.

Conde. Está bien. Y la carta?

Sanc. Iba á romperla,

Mas no le dí lugar.

Conde. Trae, Sancho, á verla.

(Sancho le da el pergamino que Hissem mostró á la

Condesa en la escena X del acto II. El Conde

le toma, le mira, y le guarda. Despues se vuel-

ve diciéndole con mirada penetrante:)

La leiste?

Sanc. Mis ojos jamas osan
Adonde mi señor pone los suyos.
Conde. Mis planes, Sancho, en tu amistad reposan;
Para velarme, pues, guarda los tuyos.
Sanc. Lince será, señor, que vigilante
No los quite de vos solo un instante.
Conde. Tú eres no mas, oh Sancho! mi consuelo:
Hoy á mi madre cuanto tengo inmolo,
Y si tu lealtad me roba el cielo,
En la tierra desde hoy quedaré solo.
Sanc. Señor, antes la luz al medio dia
Ha de faltar al sol; antes al viento
Ha de faltar impulso y armonía,
Y á las corrientes aguas movimiento,
Y al suelo sombra en la enramada umbría,
Y al águila el espacio y ardimiento,
Y al mar arenas, y al coral esmalte,
Que á vos mi aliento y corazon os falte.
Conde. Gracias, Sancho leal; bien necesito
Un corazon que con el mio lllore,
Cuando la mancha de su vil delito
A los ojos del mundo me desdore.
Tú solo entonces me darás consuelo,
De mi secreto cruel depositario,
Y en tanto, por mi bien, pídele al cielo
Que el valor no me niegue necesario.
Sanc. Si ha de mi vida menester la vuestra,
Hablad, señor, la inmolaré tranquilo.
Conde. No, Sancho: ante otra muerte mas siniestra
Que la del cuerpo material vacilo.
Ante otra precision tiembla mi diestra,
No acostumbrada á tan traidor estilo;
Y recelos recónditos me oprimen,
Que aunque es una virtud, parece un crimen.
Mas no es posible que tu mente mida
La intensidad de mi pesar, Montero,
A ese hombre guarda hasta que yo le pida:
Que no hable á nadie; y de que bien vigilen
Mis castellanos por los muros cuida.
Mas que muchos á un punto no se apilen,
No astuto el moro, de las sierras vea
Que vamos á salir á la pelea.
Sanc. Cuando será, señor?
Conde. Al medio dia.
Mas antes de partir, frugal y corta
Comida haremos, á costumbre mia.
Tú solo en ella que nos sirva importa.
Sanc. Señor....
Conde. Siempre afanoso, Sancho, se halla
El corazon mas noble y mas valiente
A punto de arriesgar una batalla,
Y es bueno que este afan vele á su gente,
No vacile ó murmure la canalla;
Dispon, pues, que nos sirvan de repente
Vianda que se ajuste á nuestra prisa;
Cubre la mesa, y á mi madre avisa. [*Vase Sancho.*]

ESCENA IV.

EL CONDE.

Llegó la hora fatal y estoy resuelto.
Quiero salir cuanto antes de este horrible

Vapor de crimen en que vivo envuelto,
Que esta duda infernal me es insufrible.
Queden cumplidos de una vez mis votos,
Y sus intentos para siempre rotos.
Oigo pasos... es ella... me retiro.
Siento que suerte tan fatal la aguarde.
De aquí la acecho y sus acciones miro:
No quiero que mi vista la acobarde.

[*Entra en el camarín de la derecha.*]

ESCENA V.

LA CONDESA, SALIENDO DE SU APOSENTO.

Ay! parece que tengo en el cerebro
Una hoguera voraz: y á par que él arde
Dentro del pecho con aliento escaso,
Siento que helado el corazon me late.
Trémulos van mis piés por mis salones,
Sin cierto rumbo y voluntad llevándome,
Y siento retumbar dentro del pecho
El lento son de cada paso que hacen.
Cada murmullo que en el aire suena,
Cada cortina que estremece el aire,
Que anuncian un espectro me parece
Que con callado pié tras de mí sale.
Si al reposo me entrego algun momento
Y al sueño cede mi cansancio grave,
De espantosos delirios asaltada,
Presa despierto de vapor mas grande.
No puedo mas con tan odiosa vida,
Quiero ahogar de una vez tantos afanes.
Si, que se cumpa mi destino quiero,
Ya que ha de ser al fin inevitable.

ESCENA VI.

LA CONDESA, SANCHE MONTERO, CON FRUTAS EN CANNASTILLOS, ETC.

Condesa. Quién es? Sancho (Ay de mí!
Temblé al sentirle.)
Sanc. Yo soy, señora. Qué ordenais?
Condesa. Qué traes?
Sanc. De mi señor las órdenes cumpliendo,
Viandas son.
Condesa. Tan pronto!
Sanc. A la lid parte,
Y con permiso vuestro de hoy dispone
Que la primer comida se adelante.
Vos le acompañareis?
Condesa. Sí.
Sanc. Despedirse
Querrá de vos por si malogra el trance.
Condesa. Es justo, Sancho: sus mandatos cumple,
Y al cielo ruega que le ayude y guarde.
Sanc. Si rogaré, mas como buen vasallo
Iré luego con él para ayudarle.
Condesa. (Todos fieles le son.) Bien dicho, Sancho;
Hidalgo en eso lo que debes haces.
(Me da ese hombre rubor.)
Sanc. Ya está la mesa.
Al conde avisaré cuando gustáreis.

Condesa. No, Sancho, no; le avisaré yo misma.
Sanc. Como os plazca mejor.
Condesa. Así me place.
Sal.

ESCENA VII.

LA CONDESA.

Ya estoy sola y la ocasion es esta.
Ay! mi razon se turba en tal instante,
Y en cuanto me rodea, veo atónita
La mano del destino formidable.
Esta mesa, esta estancia solitaria...
Parece que á propósito lo hacen!
Cielo, de mi virtud siempre enemigo,
A qué ponerme la ocasion tan fácil?
No bastaba, ay de mí! que consintiese
Débil mi corazon en despeñarme,
Sin que á la boca de la sima horrenda
Me trajeras tú mismo, que lo sabes?
Ea, vamos: ayúdame, oh infierno!

[*Saca del pecho un pomo.*]

Ya la copa fatal tengo delante,
Y mi estrella y mi amor así lo quieren....
Ay! pero tiembla el corazon cobarde.
Tiembla mi mano, la letal ponzoña
Sintiendo entre los dedos... miserable
De mí! Cómo he de verle á impulso suyo
Palidecer, temblar y desplomarse?
Yo no amaba á su padre: en una carta
Fácil era decir: "Va al campo, mátales"
Pero á él yo misma, con mi propia mano,
Tranquilo el corazon, sério el semblante,
Dársela... no: le tuve en mis entrañas;
Tiene mi mismo ser, mi misma sangre:
No, no: que viva, y cámbiese el destino.
Hijo mio!... Infeliz me acuerdo tarde.
Si vive, hoy mismo le echará de Burgos,
Pues hoy de Burgos contra moros parte,
Y mañana ese Hissem, que nunca viera,
Pondrá en sus manos mi secreto infame,
Esa carta fatal que mi deshonra
Al universo entero hará palpable,
Y á seis años de hipócritas virtudes
El velo criminal fuerza es que arranque.
Y el insolente vulgo castellano,
Y el vulgo pensativo de los árabes,
Ponderando mi crimen á porfía,
Insultarán mi nombre y mi cadáver.
Maldita fué de mí nacer la hora!
Maldito el sino que á la tierra traje,
Tigre sedienta de la sangre mia
Sin que jamas con la vertida me harte!
Y no hay mas esperanza, no! Si el pliego
Llega á sus manos, y su escrito sabe
Que conoce ya el vulgo, él mismo airado,
El mismo por su honor vendrá á matarme;
Sí, que no torcerá de su justicia
La recta ley ni por su propia madre.
El morirá tras mi de pesadumbre,
De deshonra y de horror, si á tanto osare:
Mas osará, que es su ídolo la gloria,
Y es de justicia testimonio grande.

Muera: retroceder es ya imposible;
Ante el destino la conciencia calle;
Muera, sí, pues mi horóscopo lo ordena;
Yo no, sino el infierno es quien lo hace.
[*Vierte el licor del pomo en la copa de oro.*]
Cayó...! Veo á la muerte descarnada
Por detras de los bordes asomarse
De la ancha copa, y con la seca mano
Y sonrisa diabólica llamarme!
No, no hay remedio ya...! Mas si no bebe?
Si hace un descuido que de boca cambie?
Ambas á dos las dejaré servidas,
Y él tomará la que le esté delante.
[*Llena de vino las dos copas, y pone la de oro, en que está el veneno, en el sitio del Conde.*]
Cúmplase, pues, nuestro fatal destino,
Que tumba al uno de nosotros abre!
Para uno de los dos guarda esa copa
De la callada eternidad la llave.
[*Cae en el sillón desfallecida.*]

ESCENA VIII.

LA CONDESA, EL CONDE, DESPUES DE CONTEMPLARLA UN MOMENTO.

Conde. Madre mia.
Condesa. [espantada]. Quién es? él!
Conde. Qué os espanta
De ese modo, señora, en mi semblante?
Condesa. (Se me hiela la voz en la garganta.)
Sancho, no estrañes si de mí delante
Viéndote me turbé, que me quebranta
Saber que á lidiar vas. (Terrible instante!)
Conde. Tal es mi obligacion, guardar mi tierra
Antes que en mala paz, en buena guerra.
Condesa. Siempre es la guerra tu primer deseo;
Tu primer pensamiento las batallas;
Tu mas galan y acomodado arreo,
El casco duro y las tupidas mallas.
Siempre dispuesto á pelear te veo;
Siempre á la paz inconvenientes hallas,
Y entre tanto tus pueblos desdichados
Quedan con lo mejor, pero asolados.
Conde. Madre, os vende la voz vuestro deseo
Y hablais como mujer, de las batallas
Siempre enemiga y militar arreo,
Si en vez de yelmos y tupidas mallas,
La seda usando á que inclinada os veo
Puesto á su torpe paz no hubiera vallas,
Los árabes mis pueblos desdichados
Me dejaran con paz, pero asolados.
Condesa. Un enemigo que la paz implora,
Leal será, pues serlo necesita.
Conde. Madre, eso no habla con la gente mora,
Raza salvaje que el desierto habita:
Se humilla al vencedor, pero traidora
En oportuna rebelion medita.
Condesa. Es, Sancho, esa opinion harto estremada.
Conde. Leed la historia de la edad pasada.
Siempre fueron lo mismo: los detesto,
Y mas reñir con ellos me acomoda,
Que haberlos de sufrir.

Condesa. Y á pesar de esto,
Sancho, á pesar de tu arrogancia toda,
Lejos ahora están de tus fronteras.
Conde. No tan lejos, señora: esos peñascos
Guarecen á su sombra sus banderas,
Corvos alfanjes y redondos cascos.
Condesa. Esas noticias son . . .
Conde. Harto seguras:
Desde el balcon del camarín vecino
Se alcanza por las hondas quebraduras
De sus turbantes el revuelto lino.
Condesa. Moros, Sancho, enemigos tus antojos
Te pintan por do quier.
Conde. Madre, vos misma
Verlos podeis por vuestros propios ojos.
Condesa. (El en su misma perdición se abisma:
Todo su mala estrella lo previno,
Y es inútil luchar con el destino.)
Conde. Ved al balcon, llegad.
[*El Conde la invita á que entre en el camarín: la
Condesa no llega más que al dintel de su puerta
volviendo la espalda á Don Sancho.*]
Condesa. (No tengo audacia
Para mirarle al rostro.)
Conde. (Aun tengo miedo
De este infernal brevaje á la eficacia.)
[*Saca un pomito.*]
La veis?
Condesa. No.
Conde. Mirad bien. (Qué aguardo? Ea!
De su misma traición víctima sea.)
[*El Conde vierte el licor que contiene el pomo en la
copa de plata que la Condesa ha colocado en su
sitio, mientras esta mira por el balcon. Al punto
de verter el líquido el Conde, aparece Sancho,
que le dice aterrado.*]

ESCENA IX.

EL CONDE, LA CONDESA, SANCHO MONTERO.

Sanc. Señor! [*Aparte al Conde.*]
Conde [*aparte á Sancho.*] Silencio!—En fin al
cuerpo demos
El nutrimento necesario y justo,
Los que muy pronto pelear debemos:
Sancho, sirvenos ya lo que tenemos,
Si es de mi madre voluntad y gusto.
[*Sancho, que hasta ahora ha ido colocando al re-
dedor de la mesa frutas en canastillos, &c., &c.,
y en el aparador platos de plata, ánforas para
los vinos &c., sale otra vez á buscar la vianda pe-
dida por el Conde.*]
[*Don Sancho, apoyado en el espaldar de su sillón,
contempla á su madre, que afectando mirar por
el balcon que se supone en el aposento inmediato,
mostrará su incertidumbre y su angustia. Esto
depende de la actriz.*]

ESCENA X.

EL CONDE, LA CONDESA.

Condesa. (Siento los piés clavados á la alfombra,
Y siento que en latido atropellado

Hielo es mi corazón, mis ojos sombra!
Dame, infierno, el valor desesperado
Que esta ocasión tremenda necesita.)
Conde [*aparte.*] Su crimen, infeliz! cuánto la
asombra!
Condesa [*aparte.*] Cúmplase todo; pero pronto sea,
Antes que calme mi pasión precita,
Y este vértigo horrible que me ajita
Contra mí misma convertirse vea.
[*Sale Sancho con un gran plato, que pone en la
mesa.*]

ESCENA XI.

EL CONDE, LA CONDESA, SANCHO MONTERO.

Conde. Madre.
Condesa. Heme aquí. [*Con resolución.*]
Conde. Cuando gustéis.
Condesa. Ahora.
[*Se sientan.*]
Conde. Haz, Sancho, tu deber, y que tu daga,
De ese magro tasajo lonjas haga.
[*A la Condesa.*]
Y vos tan triste no os mostreis, señora:
Comed y despejad el rostro adusto.
Con la causa leal que defendemos,
Dios nos querrá ayudar, y venceremos.
Condesa. (No puedo apenas respirar de susto.)
Sanc. (De zozobra y de espanto no respiro,
Mientras las copas preparadas miro.)
Conde [*á la Condesa.*] Mas no comeis? Efímeros
temores

Desechad, madre mía;
Siempre fuimos nosotros los mejores,
Y espero en Dios que nos dará un buen día.
Condesa. (Su voz me aterra!)
Conde. (Acabe esta agonía!)
Ea, madre, por si es la postrimera
Que juntos ambos apurar debemos,
Asid la copa y apurala entera;
Pues si dejarla en la mitad os vemos,
Que temblais por la suerte que me espera
O en mi valor dudáis recelaremos.
Condesa. Yo, Sancho!
Conde. Ea! brindad á mi fortuna,
Y hollará mi corcel la media luna.
Condesa [*asiendo su copa con un movimiento con-
vulsivo y desesperado.*] Sea.
Conde *Condesa.* Bebamos.
[*El Conde acerca la copa á sus labios y mira be-
ber á la Condesa. Esta apura la suya, y al
apartarla de la boca dice.*]
Condesa. Todo está cumplido.
[*Al dejar la Condesa su copa vacía sobre la mesa,
deja el Conde llena la suya: la Condesa lo mira
y esclama aterrada.*]
Mas qué miro, gran Dios! tú no has bebido?
Conde. Ni beberé jamás, que es sino nuestro
Que el uno de los dos . . .
Condesa [*interrumpiéndole.*] Sancho, no acabes.
Te comprendo muy bien, y el fin siniestro
Veo que das á mis delitos graves!

Ambos á dos tenemos en las venas
Sangre de maldición, sangre de hienas.
Conde. Dadme fuerzas, Señor!
Condesa [*con desprecio.*] Y al cielo invoca:
Necio, no van allí vuestras plegarias.
Solo al infierno apadrinarnos toca
Nuestras culpas que alienta hereditarias.
Conde. Madre!
Condesa. Ay de mí! que en la desierta boca
Se apagan los sonidos . . . Solitarias
Van mis ideas por la mente loca
Girando . . . Sancho . . . mi secreto encierra . . .
No dejes tal baldón sobre la tierra!
[*La Condesa, que hablando así habrá ido acercán-
dose hácia la puerta de su habitación, entra en
ella figurando caer desvanecida. El Conde cier-
ra las puertas.*]
Sanc. (horrorizado.) Qué habeis hecho, señor!
Muerta!
Conde [*con fereza.*] Villano!
Si osas de Sancho murmurar tal mengua,
Voy á arrancarte con mi propia mano
De la garganta vil la torpe lengua.
Sanc. Señor . . . !
Conde. En casos por mi honor medidos,
Cree primero á mi honor que á tus sentidos.
Vamos.
[*Sancho queda á un lado humillado y sin moverse.
El Conde contemplándole dice.*]
[*Aparte.*] Su miedo la ignorancia abulta.
Dichoso de él, que comprender no sabe
Que en nobles quepa lo que en él no cabe!
[*A Sancho.*]
Sancho, el moro.

ESCENA XII.

EL CONDE.

Y á pesar de todo
En esa horrenda pócima no fio,
Ay de mí! y á creer no me acomodo
En las protestas del traidor judío.
Perdona si te trato de ese modo,
Madre, no culpes el intento mío,
Y al contemplar tu suerte venidera
Piensa en la suerte que por tí me espera.

ESCENA XIII.

EL CONDE, HISSEM, A QUIEN CONDUCE SANCHO, QUE SE
MARCHA A UNA SEÑA DEL CONDE.

[*El Conde y el árabe quedan un momento contem-
plándose con altivez.*]
Conde. Contemplándote estoy, y á vueltas ando
Vive Dios! con la saña que me inspiras
Y el desprecio que siento por tu bando.
Hiss. No temo tu desprecio ni tus iras.
Al árabe el horror nació contigo,
Como el horror á tu nación, cristiano,
El día en que nació, nació conmigo,
Conde. Aun te atreves á hablar, traidor pagano!
Olvidas que me ha dicho esta mañana

En la gruta del viejo israelita
Tu lengua misma tu traición villana;
Que tu presencia mi furor escita,
Y qué el recuerdo de tu ruín ultraje
Tu sangre está pidiendo á mi coraje?
Hiss. No receles que el miedo entre en mi pecho:
Contrario tuyo hasta el postrer suspiro,
Cuanto osé contra tí doy por bien hecho:
Ni me arrepiento ni á perdon aspiro.
Tú me desprecias! yo tambien.
Conde. Me espanta
El ver que en solo un hombre caber puede
Con tan grande traición audacia tanta.
Hiss. Conde, á la tuya mi altivez no cede,
Nunca esperé de tí mas que ira y guerra,
No esperes mas de mí que guerra é ira;
Si ira á mi grey tu corazón encierra,
Ira á tu grey mi corazón respira.
Conde. Ira noble, pardiéz! guerra tan solo
Digna de infieles cual vosotros: lucha
Cobarde y baja de traición y dolo.
Hiss. Propia contigo de mi raza . . . escucha.
No es esa ira vulgar que al fin se acalla,
Sangre enemiga sin piedad vertiendo
En el ciego furor de una batalla,
No: mas ansiaba mi furor tremendo.
Mi padre, mis hermanos, mis amigos
Cayeron al furor de tu cuchilla
En buena lid, cual nobles enemigos,
De cara á los pendones de Castilla.
Cuanto adoré me lo arrancó tu guerra,
Padre, amor, amistad . . . y otra esperanza
No quedándome ya sobre la tierra,
Abrásome la sed de la venganza.
Velé, inquirí, maquinador y astuto,
A los reyes de Córdoba y Sevilla
De mi venganza interés en el fruto,
Y vengarles juré . . . con tu mancilla.
Conde. Traidor!
Hiss. Tú me desprecias! oye ahora
Cuánto ha podido mi venganza mora.
En tu tierra y palacio introducido,
Mirándote leal, franco y valiente,
Que ha de ser á tu orgullo he deducido,
Mayor venganza la que mas te afrente.
Ví que te era el honor mas que el sol caro,
Y al de tu madre osé: ví que dejaste
En Burgos á tu padre sin amparo
Cuando á su autoridad te rebelaste,
Y á tu padre apresté sorda emboscada,
Y en tí cayó la culpa de su muerte.
Tu gloria y tu virtud dejo manchada,
Castellano feroz: escarnecerte
Puede el vulgo en tu madre deshonrada,
Y de tu padre en la sangrienta suerte.
Todo esto es obra mía. Sacia ahora
Tu sed de sangre con mi sangre mora.
Conde. Sí haré: mas antes enseñarte quiero,
Pues tu furor encomias, africano,
Su limpio honor para guardar entero
Lo que puede el furor de un castellano.
Te jactas de dejar en mi linaje
Un inmundo borron y en mi corona,